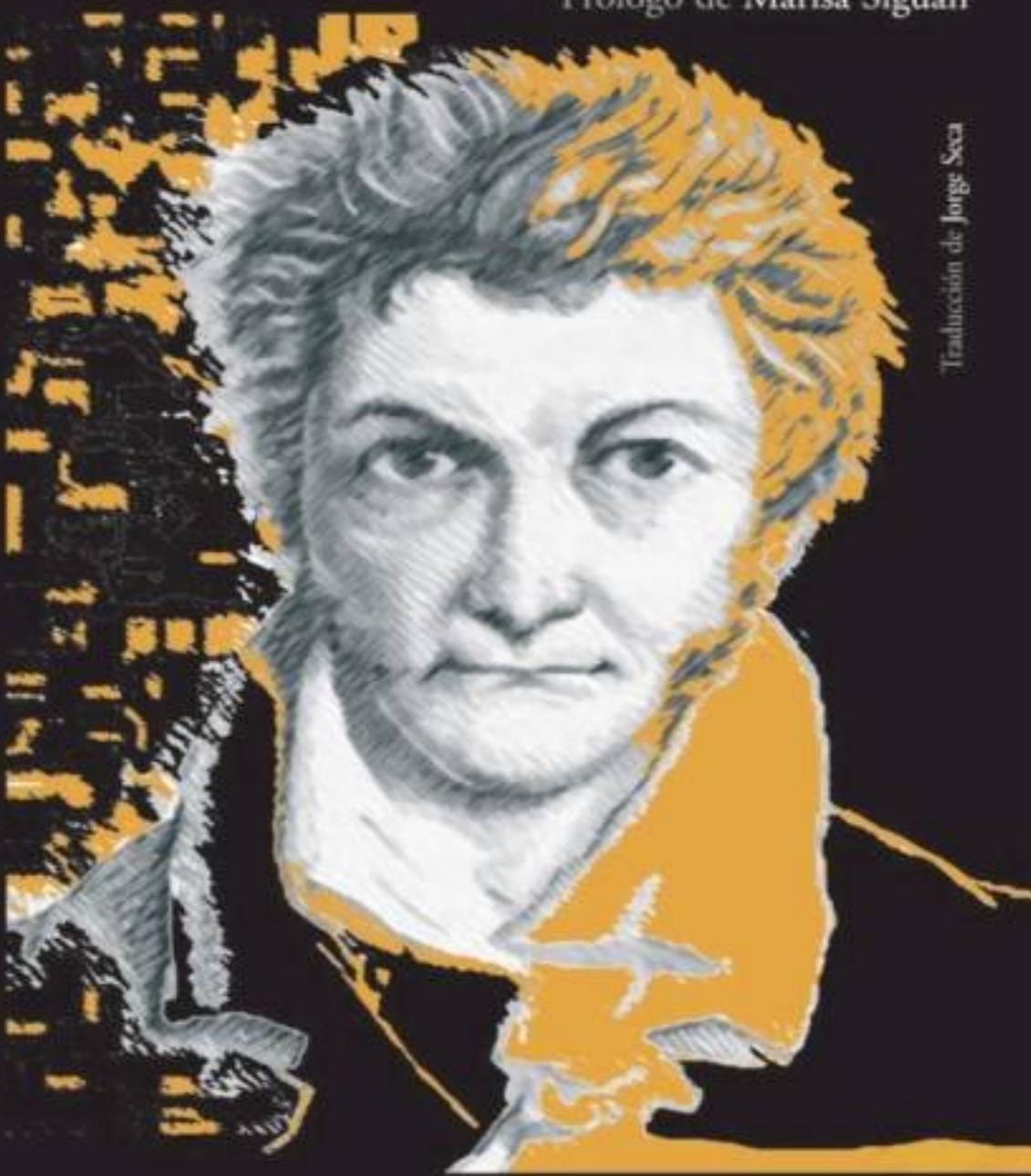


E.T.A. Hoffmann
EL MAYORAZGO

Prólogo de Marisa Siguan

Traducción de Jorge Soca



En un paisaje duro y baldío, inhóspito, arenoso, se eleva, cercano al mar, el castillo de R...sitten, sede de la familia de R... Un marco que contiene todos los elementos clásicos de la narración de terror, sitúa al lector de *El mayorazgo* en un horizonte lleno de amenazas y le abre unas expectativas determinadas: la seguridad de asistir a un suceso terrorífico.

Tranquilizado por el sentimiento de sumergirse en la percepción de algo inquietante que no le atañe, el lector se prepara para una aventura emocionante y desafecta, llena de horrores controlados y previsibles. Pero no cuenta con Hoffmann. No cuenta con que muy pronto, al introducirse en la narración, se reducirá al mínimo la distancia entre lector y novela, desaparecerán los límites que a éste le parecían tan evidentes y establecidos entre el mundo real y lo fantástico, entre la cotidianeidad y lo desconocido, entre la realidad controlada y el terror...»

Hoffmann desciende a lo más profundo del ser humano para entender sus acciones y motivaciones. En este relato, en el que se encuentran muchos elementos de la novela gótica, el autor, considerado por Freud como «el maestro sin par de lo siniestro en la literatura», realiza un gran trabajo de profundidad psicológica.

Prólogo

En un paisaje duro y baldío, inhóspito, arenoso, se eleva, cercano al mar, el castillo de R...sitten, sede de la familia de R... Un marco que contiene todos los elementos clásicos de la narración de terror, sitúa al lector de *El mayorazgo* en un horizonte lleno de amenazas y le abre unas expectativas determinadas: la seguridad de asistir a un suceso terrorífico.

Tranquilizado por el sentimiento de sumergirse en la percepción de algo inquietante que no le atañe, el lector se prepara para una aventura emocionante y desafecta, llena de horrores controlados y previsibles. Pero no cuenta con Hoffmann. No cuenta con que muy pronto, al introducirse en la narración, se reducirá al mínimo la distancia entre lector y novela, desaparecerán los límites que a éste le parecían tan evidentes y establecidos entre el mundo real y lo fantástico, entre la cotidianeidad y lo desconocido, entre la realidad controlada y el terror.

En *El mayorazgo*, la aparición de lo terrible es ciertamente previsible. Está implicada en las perspectivas literarias del género, y en el título que Hoffmann dio al conjunto de narraciones del que forma parte: *Nachtstücke* (*Piezas nocturnas*). Son obras que oponen la noche del abismo interior, de la irracionalidad, del subconsciente, al día, al sol de la razón y justifican la calificación de Hoffmann como romántico. Se publicaron en 1817.

Novalis, un autor romántico que murió en 1801, cuando Hoffmann aún no había empezado a escribir, también escribió en el límite del conocimiento racional humano, también

se asomó al abismo y a la noche. Pretendía recuperarlos para la poesía, redimirlos para la realidad por medio del lenguaje mágico del poema, del cuento. Para Novalis, sin embargo, y a diferencia de Hoffmann, el camino a la noche y al abismo era un camino que se realiza en función de la vuelta al día, en función del conocimiento.

El abismo es conjurable, el horror es redimible, propondrá Novalis en sus obras, a pesar de ser un poeta que construyó su propia vida como fragmento alrededor de la noche, de la muerte.

Podríamos imaginar a Hoffmann, funcionario de la justicia prusiana, escritor y músico, sentado frente a Novalis, que era empleado de salinas y poeta, en una conversación ficticia. Hoffmann, de aspecto algo alocado y demoníaco, tal como lo describen sus contemporáneos, miraría con escepticismo, sirviéndose en abundancia ponche caliente, al joven Novalis, de aspecto delicado y frágil.

Ambos hombres representan dos maneras opuestas de representar lo nocturno en la literatura romántica. Pero ambos coincidirían en un aspecto: llevan una vida laboral que está en conflicto permanente con sus intereses privados y artísticos.

En esa discusión imaginaria, Hoffmann podría exponer su desesperada ansia de conciliación entre el mundo de su ejercicio laboral y el de su creación artística. En su caso, la creación artística era variada: comprendía la música, la literatura, el dibujo. Hoffmann le discutiría inmediatamente a Novalis la visión edulcorada del mundo de lo nocturno, negaría la posibilidad de redimir la realidad mediante la palabra poética resuelta en cuento alegórico, negaría la visión propuesta por Novalis de la Edad Media, deudora de unas instituciones que históricamente han demostrado su incapacidad para la redención del ser humano.

Lo fantástico no sobreviene para Hoffmann exclusivamente a partir del mundo del sueño o del cuento, de la alegoría, de lo literario. Lo fantástico está presente en la reali-

dad cotidiana, forma parte de ella como posibilidad amenazadora, como puerta abierta a todas las eventualidades, como sufrimiento de todo tipo, como exponente de las pasiones más ocultas y radicales del ser humano.

Es fácil ver al propio Hoffmann como personaje de espectacular doble vida en el Berlín ordenado y majestuoso en donde escribe sus *Piezas nocturnas*. Hoffmann llega a Berlín en el año 1814 y su misma llegada ya está marcada por la ambivalencia. Por un lado, le llena de alegría llegar a la capital. Por otro, esta llegada supone la vuelta al trabajo como magistrado, el fracaso de sus tentativas de ganarse la vida como músico en Bamberg. Sus estudios de derecho, su carrera en el ámbito de la administración de justicia le habían supuesto desde siempre un trauma, un ganapán necesario que le apartaba de sus intereses reales, artísticos, musicales. «Mis estudios van lentos y tristes, he de obligarme a ser un jurista...», había escrito a su amigo de juventud Hippel mientras estudiaba en Königsberg, en 1795.

Sus inicios laborales habían sido penosos; fue víctima de represalias y trasladado como castigo a la pequeña ciudad polaca de Plock cuando se descubrió que era el autor de una serie de mordaces caricaturas de sus superiores y su entorno. La conquista napoleónica le había dejado temporalmente sin trabajo. Un intento de ejercer su vocación musical y ganarse la vida con ello en Bamberg había acabado resultando un fracaso. De esta «época de oscuridad aquerónica» es el siguiente «kreislerianum», comentario sobre Kreisler, el personaje literario que Hoffmann construyó como doble de sí mismo: «Él vivía solamente en su arte, y solamente en él caminaba a través de la vida; pero un tiempo fatal y difícil ha tomado al hombre con puño férreo, y el dolor le arranca sonidos que le solían ser extraños».

La llegada de Hoffmann a Berlín en 1814 supone una vuelta al mundo de la justicia, a la par que a la gran ciudad, en condiciones precarias.

Hoffmann pronto se hace notar. De día como magistrado (acaba siendo nombrado miembro titular y por tanto con sueldo), concienzudo, detallista, honrado, que ejerce impecablemente su labor aunque no exactamente en el sentido que se pretende de él. De noche actúa como noctámbulo recalcitrante, bebedor de ponche, asiduo del local Lutter und Wegner o del Café Royal, endeudado hasta el punto de escribir artículos de propaganda para este Café firmados con el pseudónimo de «Kleophas Wenzel, miembro honorario de las sociedades gastronómicas de Berlín y Pekín», observador implacable de su entorno, músico y escritor. Entra en relación con miembros de la segunda generación de románticos, con Brentano, Chamisso y el barón de la Motte-Fouqué, autor del texto para la ópera *Undine*, que compone Hoffmann.

Undine fue estrenada en el Neue Schauspielhaus con espectaculares decorados del arquitecto y pintor Schinkel, tuvo un inmenso éxito y elevó inmediatamente a la fama a su compositor. Sin embargo, también este episodio de éxito en la vida del autor esconde un doble rostro inquietante: tras las primeras representaciones, se incendió el recién construido teatro, y el fuego lo consumió prácticamente hasta sus cimientos. Una vez asegurado que el fuego no se expandía a los edificios vecinos, el inmenso incendio se convirtió en un espectáculo al que asistió todo Berlín; Hoffmann, que vivía enfrente del teatro, tuvo un puesto privilegiado para observarlo. Con el incendio desaparecieron los decorados y se interrumpió obligadamente la representación de la obra. El suceso bien podría formar parte de una de sus obras, de hecho en ellas la presencia amenazadora de incendios, fuegos o fuegos de artificio es frecuente.

A estas alturas, Hoffmann era ya una celebridad berlinesa. Un hombre público que, como tantos de sus personajes, llevaba una existencia desdoblada. Su actitud ácida, satírica, como dibujante y escritor, servía de respuesta a la per-

cepción del fragilísimo suelo de apariencias morales sobre el que se movía la sociedad de su época, vehiculizaba la percepción del abismo.

Los historiadores de la literatura, empeñados en poner a los autores en casillas, siempre han tenido dificultades con Hoffmann. Se le sitúa entre Romanticismo y Realismo, como representante del «Romanticismo Negro», como escritor que anticipa elementos descriptivos del Realismo. Como siempre en estos casos, las casillas encorsetan al autor reduciendo las posibilidades de interpretación de su obra. Hoffmann es todo lo propuesto y más. Es él mismo, con una percepción del mundo anclada en el Romanticismo en algunos de los rasgos más modernos y perdurables que el Romanticismo tiene para nosotros. Entre esos rasgos estaría la experiencia de la fragmentación y de la ambivalencia de una realidad que ya no se puede definir como algo claro y unívocamente perceptible; estaría la percepción de los abismos de nocturnidad del alma. Como Novalis, también Hoffmann levanta el velo del saber y pone en relación arte, belleza y terror. «Te mueves sobre una fina capa de hielo», advierte el anciano y equilibrado tío al joven e inexperto protagonista de *El mayorazgo*, apasionadamente enamorado.

El mayorazgo describe dos experiencias de una misma realidad: la equilibrada, externa, pero activa, del anciano y la implicada, apasionada, nocturna, del joven. Y más allá del final conciliador, de la superación vital del conflicto en cierto modo iniciático para el joven, ambas perspectivas continúan su diálogo: el lector, la lectora, se convierten al leer en personajes implicados en una historia nocturna, donde dominan los negros y grises, la pasión y la música, que constituye el único descanso emocional concedido a los personajes. La estructura de perspectivas y la trama de historias narradas, en cierto modo una estructura de contrapunto narrativo, que también remite a la música, nos arrastra hacia un desenlace cerrado, ciertamente, pero donde

continúan vibrando las voces del diálogo no resuelto, irresoluble, que cada lector ha de concluir por sí mismo.

Marisa Siguan

Caspar David Friedrich, La tumba de Hutten

El mayorazgo

A orillas del Báltico se encuentra la casa solariega de la noble familia von R., conocida como mansión R^[1]. El paisaje es inhóspito y yermo; apenas brota la hierba entre las inmensas arenas movedizas, y en lugar del jardín que suele adornar las casas señoriales, se concentra junto a las desnudas murallas del lado que mira a tierra un mísero pinar cuyo eterno y sombrío luto desprecia las galas y colores de la primavera y en el que en lugar del júbilo feliz de los pajarillos que despiertan al nuevo deseo de vivir, tan sólo retumba el lúgubre graznido de los cuervos, el grito chillón de las gaviotas que anuncian las tormentas. A un cuarto de hora de aquí la naturaleza se transforma repentinamente. Como por arte de magia nos vemos transportados a un mundo de campos floridos y de tierras y prados fértiles. Divisamos el pueblo, grande y rico, con la espaciosa vivienda del inspector. Al otro extremo de un agradable bosquecillo de álamos pueden verse los cimientos de un gran palacio que uno de los antiguos propietarios tenía pensado construir. Sus sucesores, instalados en sus propiedades en Curland^[2], abandonaron la construcción, e incluso el barón Roderich von R. si bien fijó su residencia en la casa de sus padres no quiso seguir construyendo ya que a su naturaleza huraña y sombría le convenía mejor la estancia en la vieja y solitaria mansión. Hizo reparar el edificio en ruinas de la mejor manera y se encerró en él con un mayordomo melancólico y unos pocos criados. Rara vez se le veía por el pueblo. En cambio paseaba y cabalgaba a menudo por la playa. Desde la dis-

tancia parecía que hablara a las olas y escuchara con atención los bramidos y borboteos del oleaje, como si percibiera la respuesta o la voz del espíritu del mar.

En la parte más alta de la atalaya se había hecho instalar un gabinete provisto de telescopio y toda clase de aparatos astronómicos. De día, con la mirada puesta en el mar, observaba los barcos que, semejantes a aves marinas de blancas alas, sobrevolaban el lejano horizonte. En las noches estrelladas se distraía en una labor de astrónomo, o si se prefiere, de astrólogo, asistido por su viejo mayordomo. De su vida corría la leyenda de que se había entregado a las ciencias ocultas, a la denominada magia negra, y de que se vio obligado a abandonar Curland, desterrado, tras un experimento fallido a consecuencia del cual había enfermado toda una familia de la casa real. La sola mención de su anterior lugar de residencia le llenaba de espanto. Sin embargo, culpó a sus antecesores de todas las desgracias que habían ocurrido en su vida, incluida aquélla, por abandonar malintencionadamente la cuna de los antepasados. En adelante y con el fin de encadenar a la mansión cuando menos al heredero, decidió convertir esta propiedad en mayorazgo. El soberano aprobó de muy buen grado esta institución por cuanto ganaba para la patria a una familia rica y de virtudes caballerescas cuyas ramificaciones alcanzaban incluso al extranjero. Ni el hijo de Roderich, Hubert, ni tampoco el actual señor del mayorazgo, llamado Roderich como su abuelo, quisieron habitar a pesar de todo la mansión y permanecieron ambos en Curland. Por fuerza había de creerse que ellos, de carácter más alegre y vital que su sombrío antecesor, detestaban también la espantosa soledad del lugar. El barón Roderich tenía dos tías ancianas y solteras, hermanas de su padre, que disponían de muy escasos recursos y vivían pobremente. Les concedió vivienda y sustento en la mansión. Se alojaban con una criada entrada en años en los pequeños y abrigados aposentos del ala adyacente del edificio. Aparte de ellas y del cocinero, que

ocupaba una gran sala de la planta baja junto a la cocina, sólo era posible escuchar, en los salones y piezas de altos techos del edificio principal, el paso vacilante de un decrepito montero que hacía las veces de mayordomo. El resto de la servidumbre vivía en el pueblo, en casa del inspector. Únicamente a finales de otoño, cuando comenzaban a caer las primeras nieves y llegaba el tiempo de la caza del lobo y del jabalí, el sombrío y abandonado palacio recobraba nueva vida. Entonces llegaban de Curland el barón Roderich y su esposa acompañados de numerosos parientes y amigos y de toda una comitiva de caza. También acudía la nobleza de la vecindad e incluso los cazadores de la cercana villa. Los salones de la mansión apenas podían acoger al torrente de huéspedes. En todas las chimeneas crepitaban las llamas de hermosos y nutridos fuegos; desde el alba hasta bien entrada la noche zumbaban los asadores. Todos, señores y criados, subían y bajaban por las escaleras continuamente, en medio de un feliz bullicio. Por acá el brindar de las copas y las alegres canciones de caza, por allá los pasos de gente bailando al compás de una música estridente, por todas partes expresiones de júbilo y carcajadas y así, durante un tiempo que oscilaba entre cuatro y seis semanas, el palacio tenía más de magnífico albergue situado en un camino transitado que de residencia de un noble señor. El barón Roderich dedicaba este tiempo, en la medida de lo posible, a asuntos de importancia. Apartándose del torbellino de invitados cumplía con los deberes de su mayorazgo. No sólo hacía el cálculo detallado de los ingresos sino que escuchaba con atención toda propuesta de mejora, y atendía hasta la menor de las quejas de sus vasallos e intentaba poner orden y paliar toda iniquidad desde su posición de señor y juez. En estas tareas le asistía honradamente el viejo abogado V.^[3], descendiente de una familia que, en transmisión hereditaria de padres a hijos, se dedicaba a llevar la administración de la mansión de los R. Era además consultor jurídico de las propiedades situadas en P.

Por este motivo, V. solía partir hacia el mayorazgo ocho días antes de la fecha fijada para la llegada del barón. Corría el año 179... y había llegado el momento en que el viejo V. debía emprender viaje hacia la mansión R. A pesar de sentirse fuerte y sano, el viejo, con sus setenta cumplidos, debió pensar que le vendría bien alguien que le echara una mano en sus tareas. Así que un buen día me dijo como si se tratara de una broma:

—¡Tocayo! —así me llamaba a mí, su resobrino, ya que llevaba su mismo nombre^[4]—, ¡tocayo!, he pensado que te hace falta un soplo de brisa marina, así que podrías venirte conmigo a R. Además de serme de gran ayuda en algunos asuntos molestos, podrás introducirte también en la impetuosa vida del cazador y ser testigo de cómo a una mañana escribiendo delicados protocolos le sigue una jornada de caza, con la oportunidad de contemplar alguna bestia soberbia, algún terrible lobo de larga pelambre o algún jabalí de insinuantes colmillos. Y ante la mirada centelleante de la bestia quizás te prestes a disparar y a matarla de un certero escopetazo.

No necesitaba de los numerosos y fantásticos relatos sobre las temporadas de caza en R. ni tampoco del gran afecto que de todo corazón sentía por mi tío abuelo para llevarme de alegría el hecho de que, esta vez, quisiera llevarme consigo. Bastante experimentado ya en la clase de asuntos que le llevaban allí, le prometí expresamente ahorrarle todos los esfuerzos y trabajos pesados. Al día siguiente, sentados en el carruaje y envueltos en recias pieles, nos dirigimos hacia la mansión R. en medio de una espesa tormenta de nieve anunciadora del invierno entrante. De camino me contó el viejo algunas anécdotas curiosas sobre el barón Roderich, el fundador del mayorazgo, quien, a pesar de su juventud, le había nombrado su consultor jurídico y albacea. Habló también del carácter rudo y colérico que tenía el antiguo señor y que parecían haber heredado todos los miembros de la familia porque incluso el actual señor

del mayorazgo, a quien había tenido de joven por pacífico, débil más bien, iba adoptando de año en año ese carácter. Me indicó que debía mostrarme osado e imparcial para ganarme el aprecio del barón y acabó describiendo las estancias del palacio donde se hospedaba y que había elegido él mismo desde un principio porque eran cálidas, cómodas y tan apartadas de las demás que siempre que quisiéramos podríamos sustraernos sin dificultad al frenético alboroto de la fiesta. Allí le tenían preparado cada vez su aposento, que consistía en dos pequeñas habitaciones recubiertas de cálidos tapices, justo al lado del gran salón de audiencias y en el ala lateral, situado enfrente del que habitaban las dos ancianas.

Por fin, tras un rápido pero penoso viaje llegamos a R. ya entrada la noche. Estábamos atravesando el pueblo. Era un domingo; en la posada se escuchaba una música de baile y grandes exclamaciones de alegría. La casa del inspector estaba completamente iluminada y dentro también se oía música y canto. Esta circunstancia hizo aún más terrible la soledad en la que nos adentrábamos ahora. La brisa aullaba por todas partes con un tono penetrante, semejante a un lamento y, como despertando de un profundo embrujo, suspiraban los sombríos pinos con una queja ahogada. Las desnudas y oscuras murallas del palacio surgieron de la tierra nevada. Nos detuvimos ante el portón cerrado. Los gritos, el restallar del látigo, los aldabonazos y golpes resultaban inútiles. Todo parecía desierto, no había una sola luz en ninguna de las ventanas. El viejo hizo resonar su potente y amenazadora voz:

—¡Franz, Franz! ¿Dónde demonios os escondéis? ¡Ven-ga, moveos! ¡Nos estamos helando en la puerta! ¡La nieve nos está acuchillando el rostro! ¡Por todos los diablos, moveos!

Entonces comenzó a ladrar un mastín y vimos oscilar una luz en la planta baja. Oímos ruido de llaves y enseguida rechinaron las pesadas hojas del portón.

—¡Ah! ¡Bienvenido! ¡Bienvenido, señor procurador!, ¡ah, qué tiempo tan desagradable! —así exclamaba el viejo Franz alzando el quinqué de tal manera que toda la luz caía sobre su arrugado rostro en el que se dibujaba extrañamente una amable mueca sonriente. El carruaje entró en el patio, nos apeamos, y entonces pude contemplar entera la curiosa figura del viejo criado, enfundado en una ancha y anticuada librea de cazador extraordinariamente ataviada con numerosas trenzas. Sobre la amplia y blanca frente le caían dos mechones grises; la parte inferior de su rostro tenía el color robusto propio de los cazadores y, a pesar de las arrugas que deformaban su rostro dándole un aspecto casi misterioso y novelesco, su expresión era en conjunto conciliadora debido a esa bondad un tanto cándida que desprendían sus ojos y su boca.

—Y bien, querido Franz —comenzó a decir mi tío en la antecámara mientras se sacudía la nieve del abrigo de piel—, y bien, querido Franz, ¿está todo listo?, ¿se les ha quitado el polvo a los tapices?, ¿se han dispuesto las camas y calentado mis estancias como es debido?

—No —replicó Franz impasible—, no, distinguido señor procurador, no ha sido posible.

—¡Por Dios! —exclamó mi tío en un tono colérico—, escribí con suficiente antelación y siempre llego en la fecha anunciada; ¡y que tenga que alojarme ahora en unos aposentos helados, vaya torpeza!

—Sí, distinguido señor procurador —continuó hablando Franz al tiempo que, con sumo cuidado y valiéndose de las despabiladeras, cortaba un trozo de mecha llameante y lo extinguía pisándolo—, sí, mire usted, todo eso, en especial lo referente a la calefacción, no habría servido de mucho pues el viento y la nieve penetran a través de los cristales rotos y...

—¿Cómo? —le interrumpió mi tío, sacudiéndose muy despacio el abrigo y poniendo los brazos en jarras—. ¿Có-